

La interpretación de la imagen. Entre memoria, estereotipo y seducción

JOLY, M.

La interpretación de la imagen. Entre memoria, estereotipo y seducción. Barcelona: Paidós, 2003 ISBN 84-493-1439-9 por Fernando de Felipe, profesor de la Facultad de Ciencias de la Comunicación Blanquerna, Universidad Ramon Llull (URL)

En un momento editorial en el que la mayor parte de las publicaciones relacionadas con los estudios universitarios sobre comunicación terminan adquiriendo el sospechoso y acomodaticio aspecto de los más comerciales *manuals de autoayuda* (son legión los títulos que hablan de “cómo hacer guiones para cine y televisión”, “cómo medir audiencias”, “cómo producir películas” o similares), es de agradecer el que la colección Paidós Comunicación, dirigida tan voluntariosa como rigurosamente por Josep Lluís Fecé y José Manuel Pérez Tornero, siga empeñada en demostrar su inquebrantable vocación académica poniendo al día nuestro maltrecho mercado editorial en lo que a bibliografía especializada se refiere.

La referencia 144 de tan imprescindible catálogo es la titulada *La interpretación de la imagen*, sistemático estudio elaborado a partir de textos anteriores por su autora, la profesora Martine Joly (Universidad Michel-de-Montaigne-Burdeos III), en el que se aborda el espinoso (por no resuelto) problema de cómo la interpretación de los mensajes visuales y audiovisuales que nos envuelven y, se supone, nos determinan simbólicamente, puede llegar a depender tanto o más de nuestro apriorístico “sistema de creencias” o nuestra “memoria afectiva” que, como se solía pensar, de sus unilaterales estrategias de transmisión (la vieja idea del contexto de producción y recepción). De hecho, el título original del libro que aquí nos ocupa, *L'image et son interpretation*, es tal vez más coherente con su línea argumental, mucho más conceptual y abstracta, que el que puede derivarse de su “levemente desencajada” traducción al castellano, orientada, tal vez interesadamente, a realzar su “instrumentalidad” (la sombra comercial de los *manuals* es, mucho nos tememos, demasiado alargada).

Vaya por delante que la nuestra no es una crítica stricto sensu (la que viene a coincidir con la aparición en el mercado de un nuevo título), ya que el libro de Joly lleva

más de un año publicado. Nuestra intención es más bien reflexionar *en paralelo a y a partir de* lo que en este valioso volumen sin duda se propone, aprovechando precisamente el “vuelo” que pudieran haber alcanzado en su más inmediata aplicación sus estimulantes argumentos y sus más que heterodoxas conclusiones. No cabe duda de que el tema que la autora trata (de resolver) en sus páginas, el problema de la interpretación y el análisis de los mensajes audiovisuales, ha sido ya abordado una y mil veces con anterioridad por toda suerte de autores, desde las más variadas perspectivas y a través de diferentes épocas. Ella misma repasa algunas de las más importantes escuelas de pensamiento que, desde tiempos inmemoriales, han consagrado sus esfuerzos epistemológicos a tan noble como ingrata (por eternamente inconclusa) tarea, examinando con auténtico rigor tanto sus aciertos como sus más sonoros fracasos, y ofreciendo ya de paso al lector no iniciado en el tema una suerte de ajustado vademécum crítico en el que las obras de referencia se suceden en perfecto orden y concierto bibliográfico. Dejando clara en todo momento su deuda (formativa) con la (primera) semiótica, la autora se esfuerza por poner al día tan denostada disciplina evitando caer en el estéril y ensimismado debate terminológico (debate que no hace sino “inmovilizar” su ansiada instrumentalidad) y proponiendo a cambio una actitud/actividad crítica que, sin dejar de ser rigurosa en ningún momento, resulta mucho más abierta y comprensible para el potencial lector. Porque si para algo *sirve* una obra como ésta, es, precisamente, para que sus propuestas sean finalmente revisadas, testadas, enjuiciadas y puestas en crisis por todos aquellos que se acerquen a ella con la esperanza de encontrar un modelo metodológico definitivo (esto es: aplicable, contrastable e incontestable).

No cabe duda que los (¿tres?) últimos años han sido especialmente convulsos, extremos y contradictorios en lo que a “mensajes” audiovisuales se refiere. Mensajes típicamente postmodernos que han podido adquirir indistinto y hasta intercambiable carácter de advertencia, prueba, hipótesis, propaganda o simulacro, y que van de las impacantes secuencias del 11 de septiembre neoyorquino a la retransmisión en *dirigido* directo de las guerras de Afganistán o Irak, de los falsos documentales (*mockumentaries*) que inundan y contaminan sin reparo alguno el campo de la ficción a los panfletos bienintencionadamente mani-

queos de Michael Moore, de la *medio-idiotizada* campaña presidencial norteamericana a la manipulación informativa del 11-M, de la emergencia de nuevos infocfenómenos representacionales (videojuegos, internet) a los todavía balbucientes códigos de autorregulación televisiva, de la imparable emergencia del nuevo cine digital a la muerte del concepto mismo de autoría fílmica.

Joly vertebrata su obra a partir de una tesis que, no por conocida, resulta menos estimulante: contra lo que suele afirmarse, las imágenes, en cuanto textos decodificables, adquieren a los ojos del espectador una imprevista independencia en lo que a su sentido último se refiere. Sentido que el lector, convertido en caprichoso usuario de las mismas, modela a su antojo más allá de las expectativas de interpretación que el autor pudiera haber depositado en ella en base a su contexto de producción o recepción. En cuanto textos complejos, las imágenes (de raíz literaria, fotográfica, fílmica o televisiva) adquieren pronto una “vida propia” que articula sentidos, relaciones o vínculos afectivos que no estaban programados *a priori*, convirtiéndose en “proyectos de sentido” tan autónomos como contradictorios, y cuya memorización se modula a partir de complejas estrategias de identificación que no hacen sino constatar su precaria trascendencia. Interpretar las imágenes no quiere decir tan sólo “analizarlas”, desvelar su sentido último, unidireccional, hegemónico. *Interpretar* las imágenes significa antes que nada *entender* cómo éstas terminan estableciendo sofisticados compromisos de lectura, valores de uso que, no por evidentes, anulan o desplazan su esquivia y arbitraria potencialidad. Abordado el problema desde esta perspectiva, no cabe duda de que el proyecto metodológico de Joly cobra especial relieve en aquellos momentos en los que se “resigna” a asumir la evasividad del sentido como punto de partida, y no, como venía siendo frecuente, como aceptada renuncia final.

Dicha estrategia se revela en toda su plenitud “instrumental” en el momento en que es sistemáticamente aplicada al medio cinematográfico, ámbito de significación especialmente inestable dada su “etérea” naturaleza y sus muchas contaminaciones e interferencias. Contra todo pronóstico, la interpretación fílmica es en rigor una actividad que tiene mucho más que ver con la deriva hermética que con el positivismo del método científico. Esta idea, ampliamente aceptada ya por fin entre los investigadores de todo el

mundo, continúa siendo a día de hoy puesta en duda, cuando no negada abiertamente, por la que denominaremos como “comunidad crítica”, colectivo profesional altamente corporativista que ejerce su inconsciente aunque muy vehemente labor de zapa conceptual desde esos púlpitos de la orientación en el consumo en los que han terminado convirtiéndose las páginas de los periódicos, las revistas especializadas o los ocasionales programas que desde la radio y la televisión se ocupan de tales asuntos. Alejada para siempre de sus románticas raíces (Baudelaire, Benjamin, etcétera), despolitizada hasta la náusea y dominada en su irreversible proceso de desideologización por la férrea *jurisprudencia* del mercado, la crítica contemporánea se limita mayoritariamente a servir de aplicada correa de transmisión entre la industria y el público. Público que, a su vez, busca en toda crítica una suerte de “guía de consumo”, de “opinión autorizada” que oriente su inversión (que no inmersión) cultural y trace a grandes rasgos los valores y los sentidos que sospecha puede encerrar cualquier obra/texto, y que le han de servir de base tanto para asegurar su disfrute personal (que ya no intransferible), como para ubicar éste en una corriente de opinión, preferentemente mayoritaria, que otorgue a su ejercicio como consumidor un cierto carácter de seña de identidad, de adscripción a una determinada comunidad de iniciados (lo que viene a explicar la cada vez mayor predisposición de los críticos de cualquier medio a elaborar, como si de expender *certificados de calidad* se tratase, interminables listas con “lo mejor” y “lo peor” de cualquier género, año, estilo o tendencia; lejos de circunscribirse al ámbito de la prensa especializada, dicha práctica ha terminado afectando lamentablemente al mercado bibliográfico de nuestro país, como puede comprobarse por ejemplo en el cada vez más congestionado y superficial mercado editorial dedicado al mundo del cine, donde los títulos más vendidos suelen ser monográficos pretendidamente enciclopédicos que se anuncian sin reparo alguno como “Las 100 mejores películas de tal o cual género”).

Crítica e interpretación se presentan por lo tanto a los ojos del público como actividades casi excluyentes, ya que todo intérprete debe asumir desde el principio su futura aunque digna derrota a la hora de descifrar o desvelar definitivamente el sentido oculto de cualquier obra. El crítico, por el contrario, tiende a justificar su mala conciencia

proclamando la inutilidad de dicha vocación hermética (incompleta e insatisfactoria casi *por defecto*), sabiéndose observado desde la distancia por un consumidor/usuario (su verdadero público) que tan sólo desea claves inmediatas y *mac-opiniones* previamente masticadas y de fácil digestión. La trascendencia y el rigor analítico son vistas, hoy por hoy, como sinónimos de pesadez académica y consumo cultural decimonónico, herramientas y hasta actitudes hechas por y para elitistas.

Es por todo ello realmente estimulante el que una obra como la de Joly se empeñe en agarrar el toro por los cuernos y venga a demostrar que la interpretación de los textos que pueblan y saturan nuestra actual iconosfera ni es ni debe ser nunca una ciencia exacta (cuantificable, verificable, dogmática), y que las variables que condicionan en su evasividad el ansiado resultado final (la revelación de una verdad oculta tras la superficie de toda obra), son tan permeables, insospechadas, esquivas e impredecibles que cualquier intento de someterlas al dictado de una metodología restrictiva no puede sino saldarse con el más desalentador de los fracasos. La práctica de la interpretación, se quiera o no, va mucho más allá del encorsetado campo de análisis al que nos tienen acostumbrados las metodologías de raíz académica. Los vínculos simbólicos y perceptivos que cualquier imagen (sea ésta pictórica, publicitaria, fotográfica, literaria, fílmica o infográfica) establece con nuestro imaginario, responden a factores de identidad/identificación que se apoyan directamente en nuestra memoria, territorio especialmente caprichoso, sinuoso y evasivo en lo que afectos e indiferencias se refiere. Pretender interpretar cualquier texto dejando de lado esta consideración previa equivale, y perdónenme el símil borgeiano, a intentar desentrañar la naturaleza del tiempo desmontando relojes y volviéndolos a montar sin que nos sobren piezas. El sentido último de cualquier texto responde en última instancia al valor de uso que éste logre alcanzar entre aquellos a los que va destinado, más allá incluso de las legítimas intenciones de su autor o de las oscuras motivaciones de sus canales de distribución. Pocas veces, por ejemplo, se cuestiona el *envejecimiento* del sentido (primigenio) de cualquier obra. Deberíamos ser capaces de inferir el desarrollo que el texto ha sufrido desde el momento mismo de su creación, y en la que confluyen tanto las intenciones del autor como las condiciones de

producción o su primera etapa de recepción. La *solera* del producto es casi tan importante como la previsión de su rápido envejecimiento. Sólo de ese modo, si somos capaces de valorarla, estaremos capacitados para llegar a esa posible ESENCIA (inamovible, intransferible e incuestionable) que parece intrínseca a toda obra artística. Sin entender este punto, no lograremos siquiera traspasar la piel de fenómenos como el cine de culto, el *fandom*, la música *indie*, la contracultura o la intertextualidad, desacralizadoras formas de expresión y recepción artística que hacen de la obra no ya una unidad de destino, sino un auténtico “grado cero” de la escritura. Porque todo proceso de lectura comienza, como bien saben no pocos artistas y cada vez más especialistas, por un proceso previo de reescritura.

Visto desde esa perspectiva, el libro de Joly, sin llegar en el fondo a ningún puerto, continúa reivindicando la navegación a través de los textos, el extravío riguroso, resignado y casi ascético por el océano de la significación. Que nadie busque en esta obra un manual al uso, ni un marco de referencias fácilmente extrapolables a otros textos, a otros ámbitos. La imagen, sea cual sea su naturaleza, formato, canal o vehículo, sigue negándose a otorgarnos, todavía hoy, la posibilidad de tener la última palabra.